

La creación del ICCROA y su escuela, un gran reto para la conservación del Patrimonio español

José M^a Cabrera Garrido

Instituto del Patrimonio Cultural de España

INTRODUCCIÓN

Escribir unas palabras sobre «el Instituto», en el tiempo que estuve vinculado a él, compromete a presentar a su autor, el Profesor Gratiniano Nieto Gallo, Arqueólogo; al medio en el que se produjo este acontecimiento, y a los actores que con su trabajo hicieron realidad una idea tan moderna. Es deber de cortesía recordar personalidades y destacar aspectos señeros, pero no puedo resistir la tentación de hacerlo con algún comentario sobre esta obra tan poco corriente, que constituye como la imagen en que toma forma nueva la actividad de unas generaciones comprometidas con la Conservación del Patrimonio Cultural.

Gratiniano nos dejó, en dos documentos importantes, la teórica y la elaboración práctica de una Institución que, en lo esencial, sigue siendo atractiva en su esfera de acción: la conferencia dictada en la Academia de Doctores del Distrito Universitario de Barcelona en el Curso 1967-1968, y su discurso de ingreso en la Academia Alfonso X El SABIO de Murcia, en 1971. En un ámbito de acción, tan extraordinariamente complejo, conocía perfectamente las «soluciones tradicionales», más sólidas y la metodología de su tiempo más avanzada y, en lo que a mi pequeño ámbito se refiere, nunca dejó de sorprenderme con su rápido acceso a documentos de primera línea como, por ejemplo, el «Informe Weis» del Consejo de Europa (1963) o convocatorias tan innovadoras como las de aquel Primer *Simposium* Internacional sobre la piedra en los Monumentos (Madrid, 1964) o el Primer Coloquio ICOMOS sobre la salvaguarda y reanimación de los Centros Históricos (Cáceres, 1967).

Estoy convencido de que su voluntad era, no solo poner remedio a las grandes necesidades más urgentes, sino colaborar desde nuestro suelo a abrir el camino contra las amenazas que el impulso económico y social, sin precedentes, había de representar en los signos visibles de unos países profundamente impregnados de cultura.

Imagen 1. Fachada del Casón del Buen Retiro en los años 60 (fot. Museo del Prado).

ESTRUCTURA GENERAL

El Instituto inició su actividad en el Casón del Buen Retiro (Imagen 1), un edificio poco apto para este fin y en el que se amontonaban los objetos más diversos, tanto las grandes escayolas del Museo de Reproducciones Artísticas como los inmensos rollos (con más de cinco mil cuadros) y otras cosas de todo tipo, que habían dejado las incautaciones de época anterior. Allí fueron llegando obras procedentes de toda España, de primerísima calidad y en un estado de conservación deplorable, como el Retablo de Morales de Arroyo Puercos en Cáceres, que dejaba un reguero de termitas al entrar por la pequeña puerta de la calle de Felipe IV; también había que actuar *in situ* especialmente en yacimientos arqueológicos, monumentos arquitectónicos, pintura rupestre, museos, exposiciones temporales, colecciones privadas...



La plantilla se formó reclutando restauradores de prestigio reconocido, seleccionados por quienes conocían bien los distintos sectores, dirigidos por «comisiones» integradas por académicos, profesores de universidad, investigadores y otros profesionales destacados. El Patronato Juan de la Cierva de Investigación Científica y Técnica del CSIC actuó (con su experiencia en la creación de los numerosos Institutos Tecnológicos que modernizaron España), a través de dos químicos inolvidables, su secretario general Juan de la Ynfiesta Molero y José Garrido Márquez, un sabio en ciencia y humanidad, mi padrino. La UNESCO colaboró pronto y decididamente mediante las misiones de su experto consultor, el Profesor Paul Coremans (químico, director del IRPA en Bruselas y profesor de la Universidad de Gante), y la donación de instrumental científico. No podemos olvidar que Gratiniano era también El director general de BB.AA., con un ministro de Educación y Ciencia, Manuel Lora Tamayo -profesor de Química Orgánica-, muy cercano a la familia Garrido.

Los primeros Talleres fueron:

1. El de Pintura de Caballete (bajo la supervisión de Fernando Labrada, académico de BB.AA. de San Fernando, auxiliado por Matías Díaz Padrón), con personajes extraordinarios, cada cual en su trabajo y bastante independientes, cuyos nombres fueron recordados por Alberto Recchiuto en el nº 38 de *Ars Sacra*, del 2006.
2. El de Escultura y Retablos (basado en los cuatro hermanos Cruz Solís y en el espíritu del quinto, Fernando, también académico de San Fernando, todo un equipo de retablistas y escultores, asunto de familia).
3. El de Objetos Arqueológicos, que condujo el propio Gratiniano, con la ayuda inicial de Manuel Pellicer y, poco después, de José Sánchez Meseguer, bien asistidos por la eficaz creatividad técnica de Vicente Viñas (que trabajaba desde antes con Gratiniano) y de Roberto Arce, formado en el Museo de Maguncia. Este taller también integraba tareas de moldeo y reproducción de objetos para fines pedagógicos.

4. El taller de Soportes de Madera, capitaneado por Higinio Otero, carpintero extraordinario, un verdadero Dendrógrafo.

Como unidades complementarias de esta función asistencial cabe destacar:

5. La Secretaría Técnica, conducida por Arturo Díaz Martos con tareas de Gerencia, Administración, Personal, Registro, Documentación, Archivo, Biblioteca, Publicaciones...
6. Los Laboratorios: el de Fotografía y Radiografía, con Justo María de la Encarnación, Rodolfo Wunderlich y Tomas Antelo, y el de Química Aplicada que, si bien empezó a dotarse de algún instrumental con ayuda del catedrático de Química Analítica de la U.C.M, Fernando Burriel, esperó pacientemente hasta mi incorporación real a fines de 1963.

Imagen 2. La sala central del Casón del Buen Retiro, con el taller de Objetos Arqueológicos en el que se compartía la actividad profesional con la docente (Archivo personal R. Viñas).



7. Unida a estas actuaciones estuvo la creación de la Escuela de Conservación de Obras de Arte. Gratiniano Nieto siempre apostó por la unión entre la práctica profesional y la formación de alumnos, ya que ésta se consideraba indispensable para la continuidad del proyecto, intentando implicar a nuevas generaciones. La unión de ambas fue sumamente fructífera y, a veces, tan unidas que se podían confundir ambas actuaciones puesto que compartíamos espacios y los mismos profesionales que trabajábamos por las mañanas, por las tardes impartíamos clases, creándose un ambiente de gran camaradería (Imagen 2). Yo daba clase de Química, aplicada a la conservación de bienes muebles, y de esta experiencia guardo inmejorables recuerdos.

EL LABORATORIO DE QUÍMICA

El camino venía ciertamente del extranjero, abierto inicialmente en Alemania con los trabajos de Berger, Eibner, Rathgen, Doerner..., con la creación en 1905 del Laboratorio del Museo de Berlín y el del British Museum en 1919. Pero las cosas venían de antes, y no podemos olvidar que Pasteur había ocupado la nueva Cátedra de Química, Física y Geología en la Escuela de Bellas Artes de París, entre 1863 y 1867, cursos que él nos dice «tienen como finalidad la aplicación, y una ciencia exacta como punto de apoyo»; y también de mucho antes, pero quedémonos aquí, con el firme convencimiento de que son muchos los químicos que, en el Siglo XIX y principios del XX, miran decididamente hacia los problemas del Arte y generan una incuestionable influencia, como por ejemplo Ostwald, en la Bauhaus de Alemania, y tantos otros.

Paul Coremans inició su camino en los Museos Reales de Arte y de Historia, en Bruselas, cuando en 1934 fue nombrado Jefe del Servicio Fotográfico y de Laboratorios; él creó un Laboratorio Científico, inexistente, dentro del Servicio de Fotografía, raquíptico, y dedicó todo su esfuerzo y toda su vida a la construcción de un Instituto (el IRPA, inaugurado el 20 de diciembre de 1962, aunque el nombre le viene desde 1957), en el que trabajaban, en plano de igualdad, todos los actores implicados en estas cuestiones. El siguiente año, 1963, el Gobierno Español le pidió establecer un Instituto Central de Restauración en Madrid, que le permitió

estar 20 días en nuestro país y que quedó formalizado en las 25 páginas de su Informe como Experto Consultor de la UNESCO, todo un Programa que nos sigue pareciendo original, jugoso, fresco y moderno, fechado en octubre de ese mismo año.

Me presentaron a Coremans en el Casón del Buen Retiro, durante una reunión de alto nivel presidida por Gratiniano y con representantes de diferentes Instituciones. Recuerdo muy bien que me cogió del brazo y me sentó a su lado, como apartados un poquito del grupo principal por un par de sillas vacías; hablaban desde hacia rato y él me cuchicheó que había que dejarlos hacer sus políticas; luego intervino para decir algo, muy concreto, sobre todo que tendría que irme con él a Bruselas. Al finalizar la reunión, en un aparte, volvió a decirme, bajito y cerca del oído, algo así como que había que tener cuidado cuando notes que te escuchan demasiado. Pude apreciar, en el Profesor, un sentimiento de solidaridad, sin ningún prejuicio, como si de un colega o de un amigo se tratara. Como me sentía bien amparado, fui a la Residencia de Estudiantes, hice mi maleta y seguí sus pasos. Me dedicó una atención muy personal y mucho de su tiempo, pero se nos fue demasiado pronto, a los 57 años.

EL INSTITUTO

La primera década fue muy enriquecedora, todos trabajábamos con todos, nos ayudábamos, nos complementábamos y aprendíamos mucho unos de otros. Gratiniano sabía muy bien que nuestro Patrimonio Cultural, por sus características cualitativas y cuantitativas, exigía una tarea asistencial importante, mayor desde luego que la que tenían los modelos de esos otros países de Europa que nosotros mirábamos y las transferencias tecnológicas, que él propició, fueron las de mayor nivel con la metodología más moderna. Pero de esto ya hemos dado cuenta en el Congreso Internacional del Grupo Español del IIC (Cáceres 2009) y en dos reuniones diferentes en el Museo de BBAA de Valencia en noviembre del 2010.

Luego, la destitución de Gratiniano por Florentino Pérez Embid hizo que en su segunda década adoptara unas características muy diferentes. Esto me permitió avanzar con más soltura en las misiones como experto consultor de la UNESCO, la docencia en el Departamento de Arte y Arqueología de la UAM o en las Comisiones Nacionales, para la modernización del Museo del Prado, Arte Rupestre..., y algo tan importante como leer la tesis doctoral. Hubo una corta etapa que pudo ser interesante con la llegada de Cruz Martínez Esteruelas y Federico Mayor Zaragoza al Ministerio de Educación, pero al nombrar Director General de Bellas Artes al «soldado desconocido», todo se redujo a contactos muy puntuales sobre asuntos muy específicos, con Cruz sobre todo y menos con Federico, pero el Instituto no parecía interesar a nadie. Pasó lo mismo con todos aquellos Institutos creados en el CSIC para fines diversos, que entraron en un proceso de descomposición interna y ahogados en el olvido, aunque sus aportaciones siguen vigentes, con indiscutible actualidad, en nuestro mundo de hoy; está por escribir esta historia, patroneada por químicos, y alguien (¿José Luís Oteo?) debería hacerlo.

La llegada de Javier Tusell a la Dirección General de BBAA nos dio la oportunidad de intentar restaurar la función de un Centro que considerábamos estancado y, en mi recuerdo, fueron cinco años de acción eficaz y comprometida, porque era muy fácil reanimar todo el potencial que el Instituto conservaba, sobre todo en sus equipos humanos. En 1983 ya explicamos nuestras razones sobre el Instituto y su Misión, en aquel cuaderno rojo que editó el Ministerio de Cultura al modificar la Ley de 1933. Cuando Javier dejó el Ministerio de Cultura, las cosas se acidificaron muchísimo, alcanzando límites insostenibles por lo que, conociendo ya el percal, solicité y se me concedió la situación de excedencia temporal entre uno y diez años. Desde entonces, ya han pasado otros 25 años, pero en todo ese tiempo he tratado de mantenerme en la brecha, con la mejor fidelidad a los principios que inspiran nuestra responsabilidad profesional y al alcance de quienes crean que puedo ser útil en lo que se relacione con el Estudio y la Conservación del Patrimonio Cultural, pero «sin que me escuchen demasiado».

Con una perspectiva que roza el medio siglo, puedo entender cómo y por qué el Instituto, con sus hechuras y con sus actuaciones de carácter asistencial, investigador y docente, pudo llegar a expresarse de una

manera tan suya, individual y única, que le permitió seguir creciendo y madurando con la imparable llegada de nuevas y difíciles exigencias.

Buenavista, agosto del 2011

José María Cabrera es licenciado en Ciencias por la Universidad de Granada (1959) y doctor por la Universidad Autónoma de Madrid (1972). Se especializa en Investigación en Conservación y Restauración en Madrid, Bruselas (IRPA) y Gante (1960-1965). Funcionario en el Instituto Central de Conservación y Restauración (1965-1985), donde ha ejercido como director de los laboratorios científicos y del propio Centro. Desde los inicios es profesor en la Escuela asociada, impartiendo la asignatura de Química aplicada a la Conservación de BB. CC. En 1985 crea el Grupo de Empresa Conservación del patrimonio Artístico S.L., desarrollando importantes proyectos y obras. Ha sido docente en diversas universidades, tanto en niveles de licenciatura y grado como de máster, y colaborado en asesorías técnicas a nivel nacional e internacional. Ha desarrollado numerosos proyectos de investigación, especialmente enfocados al desarrollo de nuevas tecnologías aplicadas a la Restauración del Patrimonio cultural (www.ge-iic.com/wp-content/uploads/2009/07/CV_Jose_Maria_Cabrera_Garrido, 10/03/2021).